

Segundo domingo de Cuaresma B2024

El domingo pasado dije que la Cuaresma es un tiempo de lucha contra el mal. En esta lucha no estamos solos; Estamos con nuestro Señor Jesús, quien luchó contra Satanás en el desierto, pero obtuvo la victoria sobre él. Si lo seguimos y permanecemos fieles a él, nosotros también obtendremos la victoria.

Hoy, el segundo domingo nos recuerda que la Cuaresma es también un tiempo para hacer una elección radical a favor de Dios. La primera lectura del libro del Génesis muestra en la práctica lo que significa esta elección. Muestra cómo Abraham, sin dudarlo, tomó la difícil decisión de sacrificar a su único hijo, heredero de su casa y lo único con quien podía contar para perpetuar su sangre.

Aunque sacrificar a Isaac habría despojado a Abraham de todo apoyo y esperanza para el futuro de su casa, él mantuvo su fe en el amor y la fidelidad de Dios incluso cuando se enfrentó a una exigencia tan extrema. Sabía que Dios, que hizo posible lo imposible al darle a Isaac, también era capaz de protegerlo incluso cuando pidió sacrificarlo.

Abraham es el símbolo de todo aquel que no se aferra a sus propios privilegios, que no se preocupa por sus propios intereses, sino que miralo que puede hacer por Dios aunque no comprenda claramente la exigencia de Dios. Al renunciar a lo que Dios le había dado, Abraham eligió sólo a Dios. Al renunciar al regalo recibido a través de la Promesa, sólo cumplió la Promesa.

En este despojo total donde finalmente se elige a Dios, se le devuelve todo, la bendición, la descendencia y la tierra. Por lo tanto, entendemos que cualquier sacrificio que aceptemos por el Reino de Dios, cualquier sufrimiento que aceptemos debido a nuestro discipulado, nunca quedará sin recompensa. Podemos ser probados y tentados, pero si estamos al lado de Dios, si lo aceptamos en lugar de negarlo, Él nos devolverá cien veces más, más allá de nuestros méritos y expectativas.

La fe de Abraham nos da fuerza y coraje cuando estamos ansiosos de saber que Dios está con nosotros en todas nuestras dificultades de la vida. Abraham creyó en Dios ciegamente; abandonó su país, renunció a la seguridad de su casa y a la protección que le brindaba su familia y su tribu. Cortó todos los vínculos con su pasado, porque estaba seguro de que Dios cumpliría su promesa. Necesitamos la misma confianza y fidelidad en nuestro tiempo de pruebas y dificultades. Es la misma fe que lo condujo en el momento importante y decisivo de la elección. Sin fe nunca llegaremos a una elección decisiva en nuestra relación con Dios.

Abraham es también el símbolo de Dios mismo, que no perdonó a su único Hijo, sino que lo entregó por nosotros, como dice san Pablo en la segunda lectura. A todos los que elijan a nuestro Señor y le sean obedientes, el Padre les dará todo con él. Nuestro Señor, por su parte, no puede condenar a sus mejores amigos, los pecadores por quienes dio su vida. Quizás alguien intentaría decir que sus pecados atestiguarían en su contra. Pero esto también será imposible, porque nuestro Señor murió para destruir los pecados de todos los seres humanos.

¿Cómo acusaría Dios o condenaría Cristo a aquellos por quienes murió? Sin duda, Dios es el único que podría testificar contra nosotros, ya que sólo él sabe cómo están

realmente las cosas. Pero, ¿cómo nos acusaría? Él ya nos absolvió al entregar a su propio hijo a morir por nuestra salvación. Si hay condenación, es sólo para aquellos que se niegan a elegir a Cristo y su Padre. Piensan en esto, amigos míos, en este tiempo de Cuaresma y hagan una buena elección a favor de Dios.

Permítanme volver a la figura de Isaac. El mismo Isaac es el símbolo de Cristo que sacrificará su vida en la cruz por nosotros. Isaac prefiguró a Cristo que, en el evangelio de hoy, es transfigurado por la gloria de Dios en el monte. Como Isaac, Cristo es el regalo gratuito de Dios al mundo. Como Isaac, Jesús es el cumplimiento de la promesa de salvación de Dios. Sin embargo, a diferencia de Isaac, Jesús será el sacrificio que traerá la salvación al mundo. A diferencia de Isaac, Cristo hoy sube a la montaña no para ser sacrificado, sino para revelar su verdadera naturaleza.

El contexto que precede a la transfiguración es el anuncio de nuestro Señor de su pasión que entristeció mucho a sus discípulos. Como muchos entre el pueblo judío, los discípulos quedaron atrapados en la imaginación popular. Esperaban un mesías glorioso, un gobernante rico y poderoso, capaz de cambiar rápidamente la condición del pueblo y de restaurar el reino de Dios en la tierra. Y, sin embargo, esto no es lo que era nuestro Señor.

Seguramente nuestro Señor era un Mesías, pero sufriendo que tuvo que pasar por el sufrimiento y la muerte. Esta idea del sufrimiento fue muy difícil de entender y aceptar para los discípulos. Por eso nuestro Señor, que solía ir solo a orar al monte, se llevó, esta vez, consigo a Pedro, Santiago y Juan, para que fueran testigos de la gloria que el Padre le tenía preparada. La misma gloria sería también la que recibirán los discípulos si permanecen fieles hasta el final. Así, aunque ellos también pasaran por sufrimientos y persecuciones, fueron llamados a una inmensa gloria junto a nuestro Señor en el cielo.

Si nuestro Señor habla con Moisés y Elías, es para mostrar a los discípulos que en él están unidos la Ley y los profetas. Deberían confiar en él y aceptarlo incluso si no es un mesías según las expectativas populares. Él es el cumplimiento de todo lo que Moisés y Elías representan. En este contexto, ¿qué más hacer entonces que escucharlo, como afirma la voz desde la nube? Creo firmemente que uno de los desafíos de la Cuaresma es escuchar a nuestro Señor. Sin escucharlo, alguna vez tomaremos malas decisiones en la vida.

La transfiguración de nuestro Señor es un fuerte recordatorio para cada uno de nosotros de que tenemos que elegir a Cristo, cueste lo que cueste. La transfiguración de nuestro Señor arroja luz sobre nuestro propio sufrimiento. Lo que viene al final de nuestra vida o de cualquier elección que hagamos en favor de Dios será la gloria y el gozo de verlo cara a cara. Si queremos resucitar un día con nuestro Señor, debemos seguirlo por el camino de la cruz. Pidamos la gracia de la valentía para seguir a Cristo por los mismos caminos.

Génesis 22: 1-2, 9ª, 10-13, 15-18; Romanos 8: 31b-34; Mark 9: 2-10



Fecha de la Homilía: el 25 de Febrero 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240225homilia.pdf